

ochocientos setenta y siete buques y ciento cuarenta y tres mil seiscientos sesenta y un marineros. El producto de los impuestos sobre el consumo había ascendido desde ciento ochenta y tres millones de francos (1) á trescientos ochenta y nueve millones (2). El fondo de amortización que en 1794 era de veinticinco millones de francos (3), llegaba en 1800 á ciento treinta y siete millones (4).

Habían, pues, duplicado ó triplicado en veinte años los recursos del imperio británico, y si había grandes apuros por aquel tiempo, eran los apuros del poderoso. Verdad es que Inglaterra tenía una deuda de más de doce millares, una atención anual de quinientos millones para el pago de esta deuda, y que en este último año tenía que hacer un gasto de mil setecientos millones, y contraer un empréstito de seiscientos para subvenir á sus necesidades. La cantidad sin duda era enorme atendiendo fuera de eso á los valores de la época; pero tenía también la Inglaterra fuerzas proporcionadas á aquellos gastos. Aunque no era potencia continental, reunía ciento noventa y tres mil hombres de tropas disciplinadas, ciento nueve mil de milicias *fencibles* (5), que componían entre todos trescientos dos mil hombres. Poseía ochocientos catorce buques de guerra de todos tamaños, construyéndose, ó carenándose, ó armándose, ó navegando. Entraban en aquel número cien navíos de línea y doscientas fragatas diseminados por todos los mares; veinte navíos y cuarenta fragatas de reserva en disposición de salir de los puertos; de modo que no se podía calcular su fuerza efectiva en menos de ciento veinte navíos de línea y doscientas cincuenta fragatas con ciento veinte mil marineros. A estas fuerzas materiales tan colosales unía la Inglaterra una multitud de oficiales de marina de mérito sobresaliente, y á la cabeza de ellos el gran Nelson.

Era éste un hombre de carácter raro y violento, á quien no se podía confiar cargo alguno en que se mezclase la política con la guerra, y acababa de mostrarlo así en Nápoles recientemente, dejando comprometido su nombre por mujeres en los sangrientos suplicios mandados por el gobierno napolitano. Pero era un héroe en medio de los peligros de la guerra, y sabía mostrar en ellos tanta inteligencia como audacia. Los ingleses estaban, y con razón, envanecidos de su gloria.

La Inglaterra y la Francia han llenado el siglo presente con su formidable rivalidad. El momento á que llegamos en nuestra relación es uno de los más notables de la pugna que entre sí sostuvieron. Ambas acababan de combatir por espacio de ocho años. La Francia con recursos pecuniarios mucho menos vastos, pero más sólidos quizá, por cuanto consistían en rentas territoriales, con una población doble y con el entusiasmo que inspira toda buena causa, había resistido contra la Europa, dilatado su territorio hasta el Rhin y los Alpes, y conseguido el dominio de la Italia, de una influencia decisiva en el continente. La Inglaterra, con los productos del comercio del mundo y con su poderosa marina,

(1) 7.320.000 libras esterlinas.

(2) 15.587.000 libras esterlinas.

(3) Un millón de libras esterlinas.

(4) Cinco millones y medio de libras esterlinas. (N. del A.)

(5) Especie de milicia destinada para la defensa particular del país, ó para algún servicio ó tiempo señalado. (N. del T.)

había adquirido en los mares la preponderancia que la Francia acababa de adquirir por tierra. Había arrojado contra su rival á las potencias europeas teniéndolas á soldada, y las había hecho batirse hasta quedar aniquiladas. Pero mientras las exponía á destruirse por ella, tomaba las colonias de todas las naciones, oprimía á los neutrales, se vengaba de los triunfos que la Francia conseguía por tierra con un dominio intolerable sobre los mares; y no obstante, aunque triunfadora en este elemento, no había podido estorbar que la Francia se formase en Egipto un gran establecimiento marítimo formidable para las mismas Indias inglesas.

Efectuábase entonces, como ya dejamos dicho en otro lugar, una singular mudanza en la opinión pública. La Francia, admirablemente gobernada, parecía á todos humana, prudente, tranquila y (lo que tan bien dice yendo en consorcio) victoriosa y moderada á un mismo tiempo. Mientras iban volviendo á su amistad todos los gabinetes, iban reconociendo todos el papel de buñados que habían hecho, yendo á remolque de la política inglesa. El Austria se había hecho batir por la Inglaterra tanto como por su causa propia; por causa de la misma Inglaterra se veía el imperio germánico desmembrado. Las potencias del Norte con la Rusia al frente reconocían por fin que, so pretexto de enderezarse á un objeto moral al combatir la revolución francesa, no habían servido más que para proporcionar á Inglaterra el comercio del universo. Todos por esta razón se levantaban ahora contra la dominadora de los mares; Pablo I había dado la señal de guerra con la impetuosidad de su carácter; la Suecia seguía sus huellas sin titubear; lo mismo hacían Dinamarca y Prusia, aunque menos resueltamente. El Austria, vencida y desvanecidas sus ilusiones, devoraba su pesar en silencio, y esperaba por ahora al menos resistir largo tiempo á la influencia de los subsidios británicos.

La Inglaterra recogía los frutos de la política que había adoptado; había duplicado sus colonias, su comercio, sus rentas y su marina; pero también había duplicado su deuda, sus gastos, sus cargas y sus enemigos, y al lado de una inmensa fortuna presentaba el triste cuadro de la profunda miseria de un pueblo que parecía de hambre. Francia, España, Rusia, Prusia, Dinamarca y Suecia se habían ligado contra ella. Francia, España y Holanda, las tres reunidas, contaban ochenta navíos armados y podían equipar algunos más. Suecia tenía veintiocho, Rusia treinta y cinco, y Dinamarca veintitrés. Formaban entre todos ciento sesenta y seis navíos, fuerza muy superior á la de la marina británica; pero la Inglaterra tenía por su parte una gran ventaja, que era la de habérselas con una coalición; además de esto, sus armamentos eran superiores en calidad á los de todos los coligados. Sólo los navíos franceses y daneses podían competir con los suyos; pero aun esto era difícil combatiendo en escuadras numerosas, porque la marina inglesa había llegado á ser la más aventajada del mundo en las maniobras. Sin embargo, el peligro se hacía apremiante, porque si duraba la lucha, era capaz el general Bonaparte de intentar alguna expedición formidable, y si lograba atravesar el estrecho con un ejército, estaba Inglaterra perdida.

El antiguo favor de Mr. Pitt iba decayendo, como el de Mr. de Thugut, ante la naciente fortuna del joven

general Bonaparte. Pitt había logrado ser el hombre más encumbrado de su siglo después de Federico el Grande. Tenía sólo cuarenta y tres años, y contaba ya diez y siete de un dominio casi absoluto en un país libre; pero su fortuna caducaba ya, y la del general Bonaparte, por el contrario, comenzaba á despuntar. Las fortunas en la historia del mundo se van sucediendo como los seres en el universo, y todas pasan por su juventud, su decrepitud y su muerte. También la fortuna mucho más prodigiosa todavía del general Bonaparte debía sucumbir mañana; pero entretanto había de hundirse vencida por su ascendiente la del ministro más grande de Inglaterra.

La Gran Bretaña parecía amenazada de una especie de desquiciamiento social. El pueblo, reducido á una carestía espantosa, se sublevaba en todas partes; saqueaba en los campos las hermosas granjas de la aristocracia británica, y devastaba en las ciudades las tiendas de los panaderos y los almacenes de géneros. Había en Londres en 1801, como en París en 1792, apasionados ciegos del pueblo que provocaban disposiciones contra los supuestos *logreros* y reclamaban el *máximum*, aunque á decir verdad dándole nombre distinto. Sin embargo, ni el gobierno ni el parlamento parecían dispuestos á ceder á tan locas pretensiones. Culpábase á Pitt de todos los padecimientos actuales; decíase que por su causa, y por esquilmar al país con impuestos, duplicando la deuda, habían subido todos los objetos de primera necesidad á un precio exorbitante; que él era quien, obstinándose en continuar una guerra insensata y negándose á tratar con Francia, había concluido por enemistar á Inglaterra con todas las naciones marítimas, privando al pueblo inglés del recurso de los cereales del Báltico. La oposición, viendo á Mr. Pitt menoscabado en el concepto público por la primera vez al cabo de diez y siete años, redoblaba su ardor y sus esfuerzos. Mr. Fox, que no había querido en tanto tiempo tomar asiento en el parlamento, se presentó en él de nuevo; Sheridan, Tierney y los lores Grey y Holland multiplicaban sus ataques, y, lo que no siempre suele acontecer en las oposiciones apasionadas, tenían esta vez razón contra sus adversarios. Mr. Pitt, á pesar de su aplomo acostumbrado, tenía en efecto poco que responder cuando le preguntaban «por qué no había tratado con la Francia, proponiéndole la paz antes de la jornada de Marengo; por qué recientemente aún y antes de la batalla de Hohenlinden, no había consentido, si no en el armisticio naval, que hubiera proporcionado á los franceses probabilidades de conservarse en Egipto, al menos en la negociación separada que le habían ofrecido; por qué había dejado pasar tan torpemente la ocasión de hacer evacuar el Egipto, negándose á ratificar el convenio de El-Arisch; por qué no había tratado con la debida consideración á los neutrales, procurando ganar tiempo con ellos; por qué no había imitado á lord North, que en 1780 se guardó bien de responder á la declaración de las potencias marítimas con una declaración de guerra; por qué causa había concitado contra sí á la Europa toda por cuestiones dudosas del derecho de gentes, en las cuales no estaba acorde nación alguna y que en la actualidad nada importaban á la Inglaterra; por qué, con objeto de privar á la Francia de algunas maderas de construcción, de algunos hierros y cañamos

que no podían en manera alguna engrandecer su marina, había expuesto á la Inglaterra á carecer de los granos extranjeros; y finalmente, por qué se había estado paseando sin objeto y sin resultado un ejército inglés desde Mahón al Ferrol, y desde el Ferrol á Cádiz.» Comparando la oposición la marcha de los negocios de Inglaterra con la de los de Francia, preguntaba después á Mr. Pitt con amarga ironía «qué pensaba del joven Bonaparte, de aquel mancebo temerario que según el lenguaje ministerial había de tener como sus predecesores una existencia efímera, y que ni siquiera merecía la dignación de entrar con él en tratos.»

Mr. Pitt luchaba trabajosamente contra Fox, Sheridan, Tierney y los lores Grey y Holland, que le dirigían estas apremiadoras interpelaciones á la faz de la Inglaterra, sobresaltada al ver el número de sus enemigos y aterrada con los gritos de un pueblo hambriento que pedía pan en balde.

A todo replicaba Pitt fríamente, repitiendo siempre su argumento favorito de que si no hubiera continuado la guerra hubiera perecido la Constitución inglesa, y poniendo por ejemplos á Venecia, Nápoles, el Piamonte, Suiza, Holanda y los Estados eclesiásticos de Alemania, como si hubiera de creerse que lo que había sucedido con algunas potencias italianas ó alemanas de tercer orden, podía suceder con la poderosa Inglaterra y con su Constitución liberal. Respondía también, y con más acierto á la verdad, que si Francia había adquirido gran poder por tierra, Inglaterra se había hecho poderosísima en la mar; que su marina se había cubierto de gloria; que si su deuda y sus impuestos se habían duplicado, también había duplicado su riqueza, y que bajo todos conceptos era la Inglaterra más poderosa en la actualidad que antes de la campaña; y á esto no había que responder. Añadía además Mr. Pitt que por aparecer el primer cónsul ya más arraigado en el poder, se iba á tratar de negociar con él; pero en lo concerniente á los derechos de neutralidad se mostraba de todo punto inflexible. Si la Inglaterra, decía, cediese á las doctrinas de las potencias neutrales, una mera chalupa cañonera bastaría para convoyar el comercio de todo el mundo. La Inglaterra nada podría contra el tráfico de sus enemigos; tampoco podría impedir que la España recibiese tesoros del Nuevo Mundo, ni que la Francia se surtiese de municiones navales por el Norte. «Es preciso, exclamó, envolvernos en nuestra bandera, y sepultarnos en los mares antes que tolerar la admisión de semejantes principios en el derecho marítimo de las naciones.»

Acababan de sucederse sin intervalo en el parlamento dos legislaturas; lo que se llamaba parlamento de Inglaterra y de Escocia y se había reunido por la postrera vez en noviembre de 1800, y en enero de 1801 se había reunido por la vez primera el PARLAMENTO UNIDO de los tres reinos, en virtud del bill que reunía á Irlanda con la Gran Bretaña. En estas dos legislaturas habían continuado las discusiones sin interrupción y con singular violencia, y era visible la decadencia de mister Pitt, no por el número de los votos que reunía en el parlamento, sino con respecto al influjo y autoridad que ejercía. Todos reconocían que por obstinarse en hacer la guerra contra la Francia, se había excedido del justo fin y perdido en las dos vísperas de Marengo y

Hohenlinden la ocasión de negociar ventajosamente. Perder las ocasiones es, así en los hombres como en los guerreros, irreparable mancilla. Una vez pasado el momento de hacer la paz, abandonó á Pitt la fortuna; conociase y conocíanle todos vencido por el genio del general Bonaparte.

Debe hacersele la justicia, así como á la Inglaterra, de reconocer que durante aquella espantosa carestía, las medidas que se adoptaron fueron dictadas por la moderación y el buen criterio. Quedó rechazado el *maximum*; se creyó suficiente conceder premios considerables á la importación de granos, prohibir el consumo del trigo en la destilación de los licores, no dar más metálico á las parroquias por vía de limosna, sino sólo materias alimenticias, como carnes saladas, legumbres, etcétera, para no aumentar el precio del pan. Un edicto real dirigido á todas las clases acomodadas que podían variar de alimentos, recomendaba que en las casas se hiciese el menor consumo posible de pan; y finalmente, se despacharon numerosas flotas á la India en busca de arroz, y á la América y al Mediterráneo para hacerse con trigo. Aun se trató de importar cereales de Francia por medio del contrabando en las costas de Bretaña y de la Vendée.

A pesar de hallarse envuelto en aquella miseria tan animosamente soportada, no descuidó Pitt las atenciones de la guerra, é hizo los preparativos necesarios para una campaña audaz en el Báltico así que la estación lo permitiese. Quería escarmentar á Dinamarca y luego á la Suecia, y penetrar en lo interior del golfo de Finlandia para amagar á la Rusia; pero no se sabe ni en su misma patria si en aquellos momentos deseaba ó no formalmente permanecer al frente de los negocios de Inglaterra. Lo cierto es que suscitó en el seno del gabinete dos cuestiones, una de las cuales, muy impertinente á la sazón, produjo su caída. Ya hemos visto que después de los esfuerzos que hizo el año anterior, consiguió efectuar la llamada *unión de la Irlanda*, esto es, la reunión de los parlamentos de Irlanda, Escocia é Inglaterra en uno solo. Esta medida pasó por una especie de triunfo político, sobre todo á la vista de las tentativas reiteradas de la república francesa para insurreccionar aquella isla. Pero es el caso que sólo habían cedido su independencia los irlandeses por la esperanza formal dada á los católicos de su propia *emancipación*. En efecto, aunque se había hecho saber á los católicos que jamás conseguirían su emancipación por causa de las preocupaciones de un parlamento irlandés, lo que era exactísimo, parece ser que habían mediado promesas que equivalían á compromisos positivos, lo cual no puede menos de considerarse como un grave error, si es cierto que estos compromisos eran de tal naturaleza que Mr. Pitt se viese precisado personalmente á otorgar la emancipación ó á retirarse. Prometíase en verdad una cosa á la sazón imposible; pero sea de esto lo que fuere, en febrero de 1801, desde la primera convocación del *parlamento unido*, se vió á Pitt solicitar la emancipación del rey Jorge III. Este príncipe, protestante y devoto á un mismo tiempo, creyó que faltaría á su juramento con semejante medida, y se opuso á ella obstinadamente. Pidióle Pitt otra cosa mucho más puesta en razón, cual era no considerar la ocupación del Hannover por la Prusia como un acto de hostilidad,

y tratar con miramiento á esta potencia con objeto de conservar, por aquel lado al menos, trato con el continente. Pero aquel sacrificio era demasiado grande para un príncipe de la casa de Hannover. Exacerbóse la contienda entre el rey y el ministro, y el 8 de febrero de 1801 presentó éste su dimisión con casi todos sus compañeros, Dundas, Windham, lord Grenville, etc. Esta dimisión, después de diez y siete años de ministro y en tan extraordinarias circunstancias, causó la mayor extrañeza. Nadie se decidía á considerarla como natural; atribuyéronse motivos secretos á Mr. Pitt, y desde entonces empezó á cundir la opinión popular, propagada después por los historiadores, de que el ministro inglés, viendo la próxima necesidad de una paz momentánea, se había decidido á separarse de los negocios por algunos meses para que aquella paz la hiciesen otros y volver en seguida á empuñar el timón del Estado así que se desvaneciese aquella urgencia pasajera. Propio es del vulgo achacar á los hombres públicos intenciones de esta laya, como de escritores mal informados el repetir tales dichos conforme los oyeron. Mr. Pitt no previó ni la paz de Amiéns ni su breve duración (1); fuera de que no creía incompatible la paz con su presencia en el gabinete, dado que ya en 1797 había consentido las famosas negociaciones de Lila, y aun ahora recientemente acababa de nombrar á Mr. Tomás Grenville para pasar á Luneville. Pero había avanzado demasiado respecto á los católicos; había cometido el error tan común en los hombres públicos de sacrificar al interés actual el interés venidero. Había prometido mucho y conocía lo embarazoso de faltar á sus promesas en una posición grave en que unos cuantos enemigos más hubieran bastado para derrocarlo. Verdad es que afirmó luego repetidas veces no haber contraído jamás compromisos positivos respecto á la emancipación de los católicos, sin lo cual no hubiera podido perdonarsele su imprudencia. Dígase lo que se quiera, nunca fué más necesario ni más legítimo que en aquella ocasión libertar á un país de un gran peligro aplazando la ejecución de los empeños contraídos, porque en 1801 aquejaban á Inglaterra el hambre en lo interior y por de fuera la guerra con toda la Europa. Pero Pitt dejó su puesto, y esta determinación no puede reputarse más que como una debilidad de un hombre extraordinario. Es evidente además que al verse engolfado en tantos conflictos, desearía librarse de ellos bajo el honroso pretexto de la fidelidad inviolable á su palabra. Hizo, pues, su dimisión á despecho del monarca, con profundo disgusto del partido ministerial y con gran sobresalto por parte de la nación, que aguardaba con inexplicable ansiedad el momento en que empuñasen el timón del Estado hombres nuevos y faltos de experiencia. Hizo Pitt que le reemplazase Mr. Addington que era su hechura y á quien había promovido á la presidencia de los Comunes, manteniéndole en ella muchos años consecutivos. Lord Hawkesbury, después lord Liverpool, substituyó á Mr. Grenville en los negocios extranjeros. Eran ambos á dos hombres juiciosos

(1) Los pormenores que aquí refiero me han sido comunicados por varios contemporáneos de Mr. Pitt, muy relacionados con él, que tomaron parte en las negociaciones ministeriales de aquella época y que aun en la actualidad ocupan puestos eminentes en Inglaterra. (N. del A.)

y moderados, pero no de mucha capacidad; los dos amigos de Mr. Pitt, y por lo tanto se guiaron algún tiempo por sus consejos. Esto más que otra cosa alguna fué lo que indujo á creer que la separación de Mr. Pitt era fingida.

Estas violentas agitaciones produjeron nuevo trastorno en el débil cerebro de Jorge III, expuesto á una prueba superior á sus fuerzas. Acometióle un nuevo acceso de demencia y estuvo cerca de un mes en imposibilidad absoluta de reinar. Pitt había hecho dimisión. Mr. Addington y lord Hawkesbury estaban nombrados, pero no desempeñaban aún sus cargos. Pitt, aunque cesó de ser ministro, fué el verdadero rey de Inglaterra, y por el general asentimiento durante aquella crisis, poco menos de un mes. Hubo en la cámara de los Comunes explicaciones sobre este asunto; su índole era harto delicada; pidieron y se satisfizo á ellas en el más noble lenguaje por Sheridan y Pitt. Suspendiéronse todas las mociones que son de costumbre en Inglaterra sobre el estado del país, y pudo muy bien ocurrir á algunos hombres desconfiados la idea de que Pitt prolongase voluntariamente aquella especie de potestad real de que gozaba. «Suplicamos, dijo, que se nos crea; si llega el caso de que no podamos seguir recibiendo órdenes de boca de S. M., propondremos medidas que no es necesario en este momento indicar, pero que no haremos esperar un solo día. Permanecemos por deber en una situación extraordinaria que no quisiéramos por cuanto hay en el mundo prolongar un instante más de lo que la estricta necesidad requiere.» Mr. Sheridan le contestó manifestando su entera confianza de que ni Mr. Pitt ni ningún otro ministro querría aprovecharse del estado de dolencia del rey para prolongar un solo minuto un poder equivalente á la misma autoridad real.

Observóse, pues, la más urbana y delicada reserva; ni una vez siquiera llegó á pronunciarse la palabra demencia que caracterizaba la verdadera situación del rey, y se esperó con dignidad cumplida, si bien con natural ansiedad, que llegase el término de aquella crisis extraordinaria. Entretanto hacía Pitt votar los subsidios sin que nadie se opusiera á ellos; las escuadras inglesas hacían sus preparativos en los puertos, y los almirantes Parker y Nelson salían de Yarmouth con 47 velas con rumbo hacia el Báltico.

A mediados de marzo quedó el monarca completamente restablecido; y Mr. Pitt entregó las riendas del gobierno á Mr. Addington y al lord Hawkesbury. Los nuevos ministros, usando al ocupar sus puestos el lenguaje de costumbre, no omitieron el declarar en la tribuna del parlamento cuánta estimación profesaban á sus predecesores, y que consideraban su política como una política saludable á la que se debía la salvación de Inglaterra. Por lo tanto afirmaron que se conducirían por los mismos principios y por las mismas huellas que los otros. «En ese caso, les dijeron Sheridan, Grey y Fox, ¿á qué vienen ustedes al poder, si es para observar la misma conducta? Los ministros que salen eran mucho más capaces que ustedes de dirigir los negocios del reino.»

Algunas personas imparciales, individuos del parlamento, culparon á Pitt de que abandonase el gobierno del Estado en tan arduas circunstancias, retirándose

sin causa poderosa. La misma oposición incurrió en el error de echarle en cara que lo hacía en perjuicio del rey, probando que éste se oponía á la *emancipación*, medida altamente popular entonces. Pero la inculpación era injusta y contraria á los verdaderos principios constitucionales, porque Pitt al retirarse tenía obligación de decir la causa, y si el rey se había negado á la emancipación, en su derecho estaba el declararlo. Dijo en efecto, aunque en lenguaje respetuoso y comedido. Pero era evidente que la repulsa del rey servía más bien de pretexto que de verdadero motivo, y que Pitt se rendía á una situación superior á su firmeza. Eclipsábase el astro de su fortuna ante otro que despuntaba destinado á brillar con luz más fulgurante que la suya; y aunque después volvió á tomar la dirección de los negocios para morir con ella, su verdadero fin data desde aquel día. Pitt, después de haber reinado diez y siete años, dejó á su país más riqueza y más deudas que antes, más engrandecido pero también más sobrecargado. Era orador completo como órgano del gobierno, corifeo diestro y poderoso, pero estadista no muy ilustrado que cometió grandes yerros, mostrándose muy preocupado en favor de su nación. Fué el inglés que más detestó á la Francia, pero no nos haga esta consideración injustos; veneremos al patriotismo, aun cuando se halle empleado contra el nuestro.

A pesar de que Addington y lord Hawkesbury no eran comparables con Mr. Pitt, el impulso estaba ya dado y la nave británica iba á seguir adelante todavía algún tiempo con la fuerza que le había comunicado el brazo del ministro caído. Los subsidios estaban pedidos y otorgados; las escuadras inglesas surcaban los mares hacia el Báltico para acabar la gran contienda del derecho de los neutrales, y un ejército transportado en los navíos del almirante Keith tomaba el rumbo al Oriente para disputar el Egipto á los franceses.

El almirante Parker, marino anciano y experimentado que sabía conducirse en las circunstancias más difíciles con buen resultado, comandaba la escuadra del Báltico y tenía á Nelson á su lado para el caso en que hubiera de trabar batalla. Éste, en efecto, sólo servía para combatir, pero estaba dotado de felicísimas cualidades para la guerra y sabía razonar sobre las cosas de su profesión. Quería que sin esperar á la segunda parte de la escuadra inglesa se atravesase el Sund para pasar en seguida á Copenhague, que por medio de un acto enérgico se separase de la coalición á la Dinamarca, y que en seguida se situasen las fuerzas navales en el Báltico en medio de todas las escuadras coligadas estorbando su reunión y dictándoles por consiguiente la ley á todas. Esta combinación era acertada, pero corría el mes de marzo, los hielos cubrían aún los mares del Norte y bastaban por sí solos para impedir aquella reunión que aparte de eso temía Nelson con sobrada razón porque hubiera podido poner en grave peligro á la escuadra británica.

Esta escuadra, compuesta de diez y siete navíos de alto bordo y de treinta fragatas ó barcos ligeros, se presentó el 30 de marzo en el Cattgat que es el primer golfo que forma la Dinamarca dilatándose hacia la Suecia.

Los neutrales hacían sus preparativos con grande actividad. El emperador Pablo, con su ardor acostum-

brado, había hostigado á la Suecia, á la Dinamarca y á la Prusia, amenazando con su enemistad á los que no se mostrasen tan celosos como él. Dinamarca y Prusia habrían preferido empezar con negociaciones, pero las amenazas de Pablo y los consejos severos, aunque no amenazadores, del primer cónsul, á los que acompañaba la promesa formal de que la Francia enviaría auxilios, decidieron á entrambas cortes. La Dinamarca por otra parte, viendo á los ingleses contestar á una declaración de principios con una declaración de guerra, no se creyó autorizada á ceder, y se disponía á una vigorosa resistencia. La Prusia, estrechada entre Rusia y Francia, privada del carácter de mediadora desde que se unieron Pablo I y el primer cónsul, y reducida á caminar en pos de ellos en vez de servirles de guía y á esperar que le concediesen alguna parte de las indemnizaciones alemanas ventajosa á sus intereses, trataba de captarse su benevolencia con su firmeza. Hizo, pues, frente á la Inglaterra, y respondió á sus condescendencias con protestas de fidelidad á la causa de los neutrales. Excluyó á los ingleses de todas las costas del mar del Norte desde Holanda hasta Dinamarca; les cerró los desembocaderos del Ens, del Wéser y del Elba, y puso guarniciones y baterías en los puntos principales de dichos desembocaderos. Finalmente, hizo que un cuerpo de ejército ocupase á Hannover. Este paso era el más grave y decisivo de todos; recompensóle el primer cónsul con ruidosas muestras de satisfacción y con la promesa positiva de cederle una parte ventajosa de las indemnizaciones germánicas.

La Dinamarca por su lado mandó ocupar á Hamburgo y á Lubeck; la Prusia había ocupado ya el pequeño puerto de Cuxhaven que pertenecía á los hamburgueses, y que era el único á que los ingleses podían arribar, de modo que no les quedaba á éstos más que la mar y sus navíos.

No tenían un solo punto donde poder anclar, siéndoles por lo tanto necesario abrirse á viva fuerza la entrada del continente.

Para pasar del Cattégat al Báltico, había que atravesar el famoso estrecho del Sund. Forma este estrecho la contigüidad de la costa de Dinamarca á la de Suecia y tiene de anchura entre Helsingborg y Helsingborg doscientas treinta toesas. De una á otra orilla pudieran muy bien cruzar sus fuegos dos baterías, aunque no tanto que causasen á una escuadra grandes pérdidas. Sin embargo, como el canal es más profundo hacia la costa de Suecia, los buques de guerra de grandes dimensiones tienen que acercarse hacia aquella costa, y defendiéndola por medio de baterías se hubiera podido hacer muy difícil el paso á los ingleses. Pero la costa de Suecia no estaba fortificada ni lo había estado jamás anteriormente; en efecto, no ofrece puerto alguno á que se resuelvan á abordar los buques mercantes. En el Sund no hay más puerto que el de Helsingborg, perteneciente á Dinamarca, por cuya razón se han construido fortificaciones en la costa dinamarquesa, y casi ninguna en la costa de Suecia. Construyóse en la primera la fortaleza de Kronemburgo con excelentes defensas; de aquí proviene también la costumbre de pagar á los dinamarqueses, y no á los suecos, el peaje establecido en el Sund.

En semejante estado hubiera sido conveniente hacer

en las costas de Suecia las obras que no existían, y ya el rey Gustavo Adolfo, que era después de Pablo el que con más calor tomaba las cosas de la liga, había hablado detenidamente sobre este asunto al zar, cuando hizo su último viaje á San Petersburgo; pero conocieron lo imposible que era emprender el menor trabajo en aquella estación en un terreno impenetrable al mismo hierro durante las heladas del invierno. Acababa también Gustavo Adolfo de tener una entrevista con el príncipe de Dinamarca, regente á la sazón del reino, el mismo que ha fallecido poco ha (1841) después de un largo y prudente reinado. Ambos habían conferenciado sobre aquel punto, y el príncipe regente por razones particulares á la Dinamarca había dado muestras de cuidarse muy poco de que la Suecia fortificase sus costas (1). Quedó pues el Sund débilmente fortificado por parte de los suecos, que se contentaron con una antigua batería de ocho piezas establecida en el punto más saliente de la ribera. Fuera de esto, aunque después se ha censurado mucho aquella resolución, no cabe duda de que el Sund, aun defendido poderosamente en ambas costas, no hubiera ofrecido gran peligro á los ingleses, porque siendo su anchura de dos mil trescientas toesas, los navíos situados en medio del canal se hallaban á mil ciento cincuenta toesas de las baterías, y todo su daño podía reducirse al deterioro de su velamen.

Hay para entrar en el Báltico otro paso además del Sund: los dos brazos de mar que separan, el uno la isla de Seeland de la de Fionia, y el otro la isla de Fionia de la costa de Jutlandia, brazos conocidos con los nombres de grande y pequeño Belt. Los ingleses debían hallarse poco inclinados á tomar aquella dirección, en la cual se exponían á encontrarse con algunas baterías dinamarquesas, y sobre todo con los bajos que hacían dicha navegación sumamente peligrosa para los navíos de alto bordo. El paso del Sund era, pues, el más probable.

Los dinamarqueses reconcentraron toda su defensa, no en el mismo Sund, sino más abajo, en el canal que forma su continuación, es decir, delante de Copenhague. Las dos costas de Dinamarca y de Suecia, después de aproximarse hacia el Sund, se desvían una de otra y forman un canal de veinte leguas de largo y de tres á doce de ancho, lleno de arrecifes y varaderos por donde no es posible navegar sino por entre canalizos y con la sonda en la mano. La ciudad de Copenhague está situada sobre el canalizo más importante, á unas veinte leguas del Sund, en la dirección del Mediodía. Allí era donde los dinamarqueses habían hecho sus mayores preparativos, y donde aguardaban al enemigo. La posición que ocupaban no cerraba precisamente la entrada del Báltico, como después veremos, pero obligaba á los in-

(1) Sobre este punto corren algunos asertos erróneos; nosotros hemos reunido los más auténticos y autorizados, y las cancillerías de Francia, Suecia y Dinamarca prueban lo que aquí afirmamos. Los que escribieron lo contrario, y el mismo Napoleón entre ellos, no han hecho más que repetir los dichos de la época. El segundo paso del Sund, verificado en 1807, época en que la Suecia enemiga de Dinamarca vió con placer el triunfo de los ingleses, ha contribuido á acreditar la suposición de una perfidia de parte de los suecos. Pero la primera vez, esto es, en 1801, la Suecia se condujo con lealtad cumplida; quería que el triunfo fuese común, y si hubiera podido no hubiera dejado que se malograra. (N. del A.)

gleses á atacarlos en un punto bien defendido y preparado muy de antemano. El príncipe real había tomado numerosas y rápidas disposiciones; había colocado delante de Copenhague barcos, á los cuales había hecho quitar las obras muertas del escaño arriba, cargándolos de cañones, y formando formidables baterías; y armó además una escuadra de diez navíos de línea, que sólo aguardaban á los marineros de Noruega para completar sus tripulaciones. Sabido es que la marina dinamarquesa era la mejor del Norte.

A los preparativos de la Dinamarca se agregaban los de Suecia y Rusia. La Suecia había situado tropas en sus costas, desde Gothemburgo hasta el Sund, y fortificado en el Báltico á Carlsrona, juntamente con todos los puntos accesibles del mismo mar. El rey Gustavo Adolfo estrechaba al almirante Cronstedt para que acabase de armar la escuadra sueca. Constaba ésta ya de siete navíos y dos fragatas, dispuestas á darse á la vela así que el mar estuviese desembarazado de hielos. Los rusos tenían doce navíos dispuestos en Revel, los cuales no estaban como los suecos detenidos por los hielos. Sin duda los coligados no habían hecho cuanto hubieran podido hacer, si los hubiera dirigido un gobierno activo como el de Francia; pero reuniendo á tiempo los siete navíos suecos y los doce rusos con los diez daneses delante de Copenhague, se hubiera podido formar una escuadra de treinta buques de alto bordo, y de diez ó doce fragatas situadas en una posición formidable, en que los ingleses no hubieran peleado sin gran peligro, y por lo cual tampoco hubieran pasado sin combatir. Con efecto, evitar el combate para engolfarse en el Báltico, era dejar á la espalda una fuerza imponente capaz de cerrarles la entrada de aquel mar y de interceptarles la salida en caso de una derrota. Pero para reunir á tiempo aquellas divisiones navales, hubiera sido menester mayor actividad de la que tenían los tres gobiernos neutrales. Dábanse éstos mucha prisa sin duda, pero demasiado confiados en la prolongación del invierno, no se habían preparado con suficiente tiempo, mientras la enérgica prontitud de los ingleses les llevaba ya mucha ventaja.

El 21 de marzo arribó á Helsingborg una fragata inglesa, y tomó tierra Mr. Vansittart, comisionado para hacer la última intimación al gobierno dinamarqués. Mr. Vansittart remitió á Mr. Drumond, encargado de Negocios de Inglaterra, el *ultimátum* del gabinete británico. Sus cláusulas eran que se exigiese á los dinamarqueses se retiraran de la confederación marítima de los neutrales, que abriesen sus puertos á los ingleses y que volvieran al arreglo provisional del mes de agosto precedente, por el cual habían prometido no convoyar más sus buques de comercio. El príncipe de Dinamarca desechó con enojo semejante defección; respondió que la Dinamarca y sus aliados no habían hecho una declaración de guerra, que se habían limitado á publicar sus derechos de principio marítimo; que los ingleses eran los agresores, pues que habían respondido con un embargo á unas doctrinas de derecho de gentes; que la Dinamarca no rompería las hostilidades, pero que repelería enérgicamente la fuerza con la fuerza. Los donados habitantes de Copenhague apoyaron noblemente con su adhesión al príncipe que con tanta dignidad los representaba. Todo el pueblo estaba sobre

las armas y formado en milicias y cuerpos voluntarios al llamamiento del príncipe regente. Ochocientos estudiantes se habían armado con mosquetes, y cuantos podían manejar un pico ayudaban á los trabajadores de ingenieros á construir las obras de fortificación y de defensa; por todas partes se levantaban trincheras. Drumond y Vansittart salieron repentinamente de Copenhague, amenazando á aquella ciudad desventurada con los rayos de la Inglaterra.

El 24 se incorporaron con la escuadra, y ésta comenzó al punto á tomar sus disposiciones para romper las hostilidades.

Nelson y el jefe de escuadra Parker celebraron un consejo de guerra á bordo de la misma, donde se discutió el plan de operaciones. Querían unos pasar el Sund y otros hacer la travesía por el gran Belt; mas Nelson sostuvo que por cualquiera de los dos estrechos se podía pasar, y que lo conveniente era entrar cuanto antes en el Báltico y situarse delante de Copenhague para impedir la reunión de los aliados. Una vez internadas en el Báltico las fuerzas inglesas, debían dirigirse parte á Copenhague para escarmentar á los daneses, y parte á Suecia y Rusia para destruir las escuadras del Norte; tenían veinte navíos de línea, veinticinco ó treinta fragatas y buques de diferentes portes. Él se atrevía á desbaratar con doce navíos todas las escuadras suecas y rusas, y los demás debían atacar y bombardear á Copenhague. En cuanto al punto por donde se había de atravesar, prefería Nelson arrostrar unas cuantas descargas y forzar el Sund, á empeñarse en los peligrosos varaderos del grande y pequeño Belt.

Parker, menos osado, hizo el 26 de marzo una tentativa hacia el gran Belt. Pero habiendo varado algunos buques de poco porte de la flotilla, el comandante en jefe recogió la escuadra y se resolvió á forzar el paso del Sund. El 30 de marzo por la mañana acometió esta famosa empresa, soplando una fuerte brisa de Noroeste, cual la había menester para que pudiese navegar por aquel canal que corre de Noroeste á Sudeste hasta Helsingborg, y baja después casi perpendicularmente de Norte á Sur. La escuadra favorecida por el viento se adelantaba sin temor á distancia igual de entrambas costas, yendo Nelson á la vanguardia, Parker en el centro y el almirante Graves á retaguardia. Los navíos de línea formaban una sola columna en medio del canal; á sus costados llevaban dos flotillas de bombardas, una por el lado de Dinamarca y otra por el de Suecia, para disparar más de cerca contra las baterías enemigas. Así que la escuadra dió vista á Helsingborg, rompió el fuego la fortaleza de Kronemburgo, y empezaron cien bocas de grueso calibre á vomitar á un tiempo bombas y balas rojas. Pero advirtiendo el almirante inglés que la costa de Suecia permanecía poco menos que inofensiva, porque la antigua batería de ocho piezas apenas hacía fuego, se acercó al punto hacia aquel lado, y los ingleses pasaron burlándose de los dinamarqueses, cuyos proyectiles caían á doscientas toesas de sus navíos. La flotilla de bombardas que se había aproximado á la costa dinamarquesa lanzó y recibió gran cantidad de bombas; pero sólo tuvo unos cuantos heridos, y no causó á los contrarios más pérdida que dos muertos y dos heridos. En Helsingborg sólo una casa padeció algo por el fuego de los ingleses, con la casua-